

tu sér se confunde y sigue tu ley; sé mi único bien, señor; tuya es mi alma!

EL REY Y LOS COROS.—Festejemos su victoria; cantemos su gloria. Gloria á tu nombre, gloria á tu raza!

ORTRUDIS (*fijos los ojos en Lohengrin*).—¿Qué virtud secreta rompió mi poder? Hay que doblegar la cabeza y perder toda esperanza.

LOHENGRIN (*manteniendo entre sus brazos á Elsa*).—Tu inocencia ha sostenido mi brazo vengador; después de tantos sufrimientos, tu corazón recobra la paz; luzca para ti la ventura!

(*Federico, exánime casi, yace á los piés de Ortrudis. Los hombres levantan á Lohengrin sobre su escudo y á Elsa sobre el escudo real, y los llevan en triunfo, entre aclamaciones de gozo.—Cae el telón.*)



## ACTO II

El teatro representa el interior del castillo de Amberes. En el centro, el Palas, morada de los caballeros; á izquierda la Kemenate, morada de las mujeres. Á derecha, la puerta de la iglesia. Es de noche.

### ESCENA PRIMERA

(*Ortrudis, Federico, vestidos con trajes oscuros y pobres, están sentados en las gradas de la iglesia. Federico se halla absorto en téticos pensamientos. Ortrudis contempla las ventanas del castillo vivamente iluminadas. Óyense, del interior del castillo, los alegres acordes de la música.*)

FEDERICO (*levantándose bruscamente*).—¡Ea! ¡en pié! ¡compañera de mi vergüenza! ¡que la aurora próxima nos vea lejos de aquí!

ORTRUDIS (*sin dejar su actitud*).—Quiero quedarme, la suerte me encadena. Escucha todavía; déjame aspirar en ese canto el negro veneno por el cual acaben tu vergüenza y su ventura.

FEDERICO (*acercándose á Ortrudis*).—¡Mujer sin pie-

dad! ¿Qué demonio fatal me liga á ti? (*Con sombría violencia.*) ¡Qué! no he de gozar tregua alguna! Quiero buscar lejos, muy lejos, el largo reposo de que há menester mi corazón. (*Con arrebató y dolor.*) Por donde quiera se extiende el oprobio sobre mi nombre y todo el esplendor de mi antigua gloria se perdió! Puesto en el número de los traidores, he visto roto mi acero y vilipendiado el apellido de mis antepasados! Sin un amigo que por mí se interese, desterrado de todas partes, hasta de mí desvía sus miradas un bandido. (*Llorando casi.*) ¡Ah! cuán dulce ha de ser la muerte, comparada con mi dolor. (*Con desesperación.*) De todas partes me rechazan... ¡Me has robado el honor!

(*Cae en el suelo, presa de la más viva desesperación.—Música en el castillo.*)

ORTRUDIS (*siempre en la misma posición, sin mirar á Federico, que se levanta lentamente.*)—¿Mas por qué ese dolor; qué cuidados te alarman?

FEDERICO.—¡Monstruo! ¿por qué no me queda un arma para vengarme de ti?

ORTRUDIS (*con tranquila ironía.*)—¿Por qué dudas de mí, conde de Telramundo?

FEDERICO.—Tú sola fuiste causa de mi locura; tú, que me indujiste á acusar á la inocencia. Dijíste que oculta en el fondo del bosque, tus ojos vieron inmolar á la víctima; afirmaste que Elsa precipitó á su hermano en el seno de las ondas, y para enconar mi odio y mi osadía, añadiste que la antigua raza de Radbod no tardaría en recobrar el poder soberano. Por ti rehusé la mano de Elsa; tu stratagema triunfó, y ocupaste su lugar tú, postre retoño de Radbod.

ORTRUDIS (*aparte.*)—¡Qué suplicio, qué martirio!

FEDERICO (*exaltándose.*)—Á mí, cuyo nombre era tan respetado, cuya vida era la misma virtud, conseguiste, artera, engañarme.

ORTRUDIS.—¿Quién te engañó?

FEDERICO.—Tú que me indujiste al error. ¡Dios castigó mi falta!

ORTRUDIS (*con amarga ironía.*)—¿Dios?

FEDERICO.—¡Qué oigo! ¡Cuán extraño me suena este nombre, pronunciado por ti!

ORTRUDIS.—¿Dios? ¿así llamas á tu miedo?

FEDERICO.—¡Ortrudis!

ORTRUDIS.—¡Noble hazaña amenazar á una mujer! ¡Cobarde! ¿cómo no guardaste este furor para vencer á tu infame contrario, único origen de tu tormento? ¡ah! si se le combate sin miedo, es más débil que un niño!

FEDERICO.—Pues cuanto más débil, tanto más resplandece el poder de Dios.

ORTRUDIS.—¡Su poder! Oye, y sabrás cuán débil es el apoyo del Dios que le defiende.

FEDERICO (*estremeciéndose, poseído de secreta turbación.*)—Mujer de férreo corazón ¿pretenderás urdir nuevas tramas para engañarme?

ORTRUDIS (*designando el palacio cuyas luces se han extinguido.*)—Á sus devaneos sigue el dulce reposo. Acércate; ya el misterio se desvanece para mí. (*Federico se aproxima á Ortrudis y la escucha fascinado.*) ¿Conoces á ese héroe, á ese á quien el cisne conducía sobre el agua?

FEDERICO.—¡No!

ORTRUDIS.—Á toda costa querrás conocerle cuando sepas que si se descubre el secreto de su sér, queda roto al momento el encanto que le protege, y desaparece toda su fuerza.

FEDERICO.—¡Ah! ya me explico mi debilidad!

ORTRUDIS.—¡Espera! Sólo una mujer tiene el poder de arrancar estos secretos, la mujer que de antemano juró no interrogarle jamás.

FEDERICO.—¿Así, apelando á cualquier artificio, hemos de hacer cómplice nuestra á Elsa?

ORTRUDIS.—¿Cómo me comprendes!

FEDERICO.—¿De qué modo obligarla?

ORTRUDIS.—Oye; ante todo, no has de alejarte de estos sitios. En seguida, para triunfar, preséntate, é infundiendo la duda en su espíritu dile que un poder falaz causó el error de los jueces.

FEDERICO (*con creciente furor*).—Sí! estratagema y encantamiento impío!

ORTRUDIS.—... y sino, la fuerza le vencerá.

FEDERICO.—¿La fuerza?

ORTRUDIS.—¿Y de qué me servirá el apoyo que aquí me asegura la magia? Óyeme atento, te lo suplico. Cuando uno se defiende por medio de un amuleto, basta la más leve herida para aniquilar su fuerza. Esta es la ley.

FEDERICO.—¿Sería posible!

ORTRUDIS.—Si le hubieses hecho un rasguño en la lucha, hubiera quedado á tu discreción dejándote árbitro de su suerte.

FEDERICO (*sumamente conmovido*).—¡El infame! ¡gran Dios! ¿qué oigo? Creí sufrir el fallo celeste (*Con furor y amargura*.) y he combatido sin poderme defender! Sobre mi valor pesaba un hechizo! Con que ¿me sería dado castigar la injuria, y al que me injurió, descubrir el crimen del perjurio y resucitar mi extinguido honor! Todavía tengo fe, Ortrudis, en tu ciencia; mas, si me engañaste ¡ay de ti!

ORTRUDIS.—Calma tu furor; confía en mí y verás cuán dulce es la venganza.

(*Federico se sienta junto á Ortrudis.*)

(*Dúo.*) Venganza, acude, y guía nuestras armas; iluminanos en el seno de la noche, y vosotros gozad de suave reposo, mientras sobre vuestras cabezas se cierra la desgracia.

## ESCENA II

Los mismos, ELSA

(*Abrese la puerta que da á la terraza. Aparece Elsa en escena vestida de blanco; se apoya en la balaustrada, descansando la frente en sus manos. Federico y Ortrudis continúan sentados en las gradas del castillo.*)

ELSA.—¡Céfiros, poco há perturbados por el eco de mis suspiros; sed testigos ahora de mi destino próspero!

ORTRUDIS.—¡Es ella!

FEDERICO.—¡Elsa!

ELSA.—Vuestro hálito le guió á estas orillas, y desde lejanos mares le trajo hasta aquí.

ORTRUDIS.—¿Cómo maldecirá el nefasto día que va á brillar!

ELSA.—Vosotros que con cariñoso soplo secabais mis lágrimas, acudid á doblar los encantos de mi naciente ventura.

ORTRUDIS.—Ea! déjame sola por un momento.

FEDERICO.—¿Por qué?

ORTRUDIS.—Esta es mi presa; para ti la otra! (*En voz alta, plañidera.*) Elsa!

ELSA.—¿Quién viene? ¿qué voz lastimera pronuncia mi nombre en el silencio de la noche?

ORTRUDIS.—Elsa ¿no es para ti mi voz, sino vano ruido? ¿rechazas á la fugitiva que por ti lo perdió todo?

ELSA.—¿Eres tú, Ortrudis? ¿qué quieres, desdichada?

ORTRUDIS.—Sí, desdichada! Mi suerte es atroz! Viendo tranquila y solitaria en el seno de la umbría selva ¿qué te hice? Triste, sin un amigo en la tierra, mísero juguete del destino ¿qué te hice?

ELSA.—¡Gran Dios! ¡tú, acusarme tú! ¿por qué? ¿qué males te he causado, di?

ORTRUDIS.—¿Viste con envidiosa mirada el himeneo que me enlazó con el hombre despreciado por ti?

ELSA.—¡Dios poderoso! ¿qué quieres decir?

ORTRUDIS.—Si un día, en su delirio, pudo reprocharte un crimen horrible, ¿no es sobrado infeliz su corazón desgarrado por el remordimiento?

ELSA.—¡Justo Dios!

ORTRUDIS.—Tú vives feliz! Después de la prueba dolorosa, puedes, desde la cima de tu grandeza, desterrarme inclemente á que oculte lejos mi dolor, para que mi vivo sufrimiento no empañe tu ventura!

ELSA (*conmovida*).—¡Señor! ¿sería digna yo de los bienes que me concedes, si dejase solo y desvalido el infortunio que me implora? No, ciertamente, Ortrudis; espera, voy á tu encuentro.

(*Elsa entra en el castillo. Ortrudis baja las gradas con gozo feroz.*)

ORTRUDIS.—¡Dioses del odio, dioses de la venganza! Venid á castigar infames atentados; y desde vuestros altares dómad el orgullo de estos viles apóstoles! ¡Odín, mi voz te implora! ¡Freya, protégenos! ¡Ah! ¡preparado se halla el lazo!

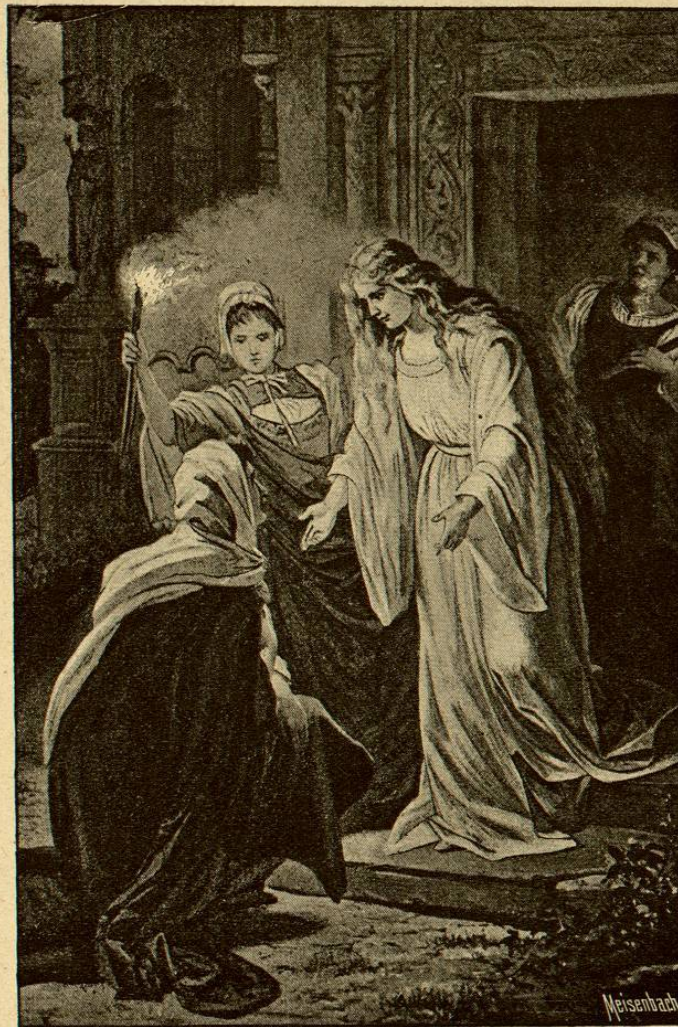
ELSA (*dentro*).—¿Dónde estás, Ortrudis? (*Sale Elsa del castillo acompañada de dos doncellas con antorchas.*)

ORTRUDIS (*prosternándose ante Elsa*).—¡Aquí, suplicante!

ELSA (*retrocediendo azorada*).—¡Gran Dios! ¡cómo! ¡temblar tú, tú que vivías en el esplendor! ¡Ah! ¡comprendo tu amarga pena y comparto tu dolor! Levanta; no más ruegos, yo te perdono, y tú, por el daño que pude causarte, perdóname también.

ORTRUDIS.—¡Cuán buena, cuán grande es tu alma!

ELSA.—Iré á suplicar á mi noble esposo que perdone al hombre á quien venció.



ORTRUDIS.— Mi corazón sabrá pagar su deuda.

ELSA (*cada vez más tranquila y confiada*).— Al clarear el alba, ven, y con tu traje de gala sigue mis pasos al templo, donde me aguarda mi ilustre esposo (*Con arrobamiento*.) para pronunciar tierno juramento.

ORTRUDIS.—¿Cómo corresponder á tantas bondades? Quebrantado el corazón por tantos males, sólo me resta confundirme entre tus oscuros vasallos. (*Acercándose á Elsa*.) Sin embargo, aún conservo un dón que me pertenece para siempre. Mi ciencia puede evitarte los tardíos remordimientos de un funesto destino.

ELSA (*con ingenua confianza*).—¿Qué oigo?

ORTRUDIS (*con viveza*).— Guárdate (*Moderándose*.) de confiar en tu ventura y conoce, al oirme, el horror del peligro que te amenaza.

ELSA (*con secreto terror*).—¡ Acaba!

ORTRUDIS (*con misterio*).— Comprenda tu corazón la incógnita suerte de tu esposo; el hechizo que nos le trajo, podría arrebatararnoslo.

ELSA (*se aparta, con un movimiento de horror; y luégo, acercándose á Ortrudis con tristeza y compasión*).— Nunca podrás conocer la fe que reina en mi corazón; fe que llena mi sér todo y es fuente de toda felicidad. (*Con dulzura*.) Ven á mí, y comprenderás estos bienes que nada puede robarnos, el amor tierno y profundo que ningún remordimiento logrará empañar.

ORTRUDIS (*aparte*).— ¡ Ah! ese orgullo me indica por dónde podrá flaquear su fe; nada les advertirá el lazo que les preparo.

(*Ortrudis, guiada por Elsa, entra en el castillo con fingida humildad. Precédenlas las doncellas con las antorchas. Despunta el día.*)

FEDERICO (*adelantándose al proscenio*).— Allí penetró la desventura! Triunfa, mujer, en esta lucha y camina con firme paso hacia la meta. Ábrase para mi rival el